La Ilustración Artística

Año XXXIV — Barcelona 13 de diciembre de 1915 — Núm. 1.772

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

MISSTRESS ALICK WILSON, retrato pintado por el artista inglés Oswaldo Birley,

que al estallar la actual guerra se alistó como voluntario en el 10.º batallón de Fusileros Reales, habiendo sido ascendido a segundo teniente al cabo de pocos meses

2009 Ministerio de Cultura

SUMARIO

Texto. – *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *El milagro de Juan de la Cruz*, por Federico Trujillo. – *La guerra europea.* – *Excmo. Sr. D. Luis Antúnez.* – *Excmo. Sr. D. Ramón Méndez Alaniz.* – *Barcelona. Match Custals-Moré.* – *La última batalla del padre Agustín* (novela ilustrada; continuación). – *Tetuán.* – *Sor Simona.*

Grabados. – *Mistress Alick Wilson*, retrato pintado por el artista inglés Oswaldo Birley. – Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *El milagro de Juan de la Cruz.* – *La guerra europea. Una heroína francesa. El empréstito de la Victoria en Francia.* – *Madrid. Salón Moderno. Exposición de Humoristas.* – *La guerra europea* (seis fotografías). – *Comitadjes servios*, dibujo de Víctor Schramm. – *Notas de actualidad de Barcelona y Madrid.* – *Tetuán. Vistas, usos y costumbres de la población mora. Las Fiestas de la Pascua.* – *Madrid. D. Benito Pérez Galdós con la señora Gámez y el Sr. Tallavó, principales intérpretes del drama en tres actos «Sor Simona», original del eminente dramaturgo.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido hablar de otras obras cervantinas, además de la dedicada por Puyol al *Supuesto retrato de Cervantes,* y así lo hago.

Nadie ignora que uno de los enigmas de nuestra historia literaria es el falso *Quijote* del no menos falso Avellaneda. ¿Quién se ocultaba tras ese seudónimo? Se han emitido infinitas conjeturas, y probablemente seguirán emitiéndose otras muchas, hasta que, si Dios lo permite, se descubra la verdad.

Yo empiezo por declarar que el punto no es sino de mera curiosidad, y en nada afecta a la crítica propiamente dicha del inmortal libro. Pero los eruditos han sido siempre golosos de estas charadas.

El *Quijote* espúreo fué – en esto están de acuerdo todos los comentaristas –, obra de odio y mala voluntad; obra de un enemigo del autor del *Quijote* legítimo. Esto indica que la obra maestra de Cervantes logró, desde el primer momento, nombradía y popularidad, pues sólo se parodian e imitan los libros o dramas que despiertan profundamente el interés del público. Todos los datos concurren a establecer el hecho: sus contemporáneos reconocieron, si no al modo romántico de hoy, a su estilo y según su mentalidad, el mérito del *Quijote,* pudiendo afirmarse que no sólo fué leído y admirado, sino popularísimo.

La envidia no había de perdonarle. Al través de las edades sucesivas, la figura del pretendido Avellaneda, imitador e insultador de Cervantes, es representativa de la amarilla pasión que se muerde los puños de impotente rabia. Cosas turbias hay en la biografía de Cervantes; no obstante, el atractivo de su figura es irresistible, mientras que Avellaneda permanece bajo el peso de una reprobación moral casi unánime.

A refrescar el problema viene el libro, nutrido de datos, de D. Aurelio Baig Baños, conocido cervantista. He dicho nutrido, y nutridísimo debí decir, pues la frondosa cosecha de noticias que atesora le perjudica, haciendo difícil la lectura y la orientación del que sólo aspirase a conocer la historia del falso *Quijote.*

Convencidos de que Avellaneda era un seudónimo, y pasado el tiempo borrando la huella de los hechos que pudieran ilustrar, empezó la búsqueda del verdadero nombre de Avellaneda. Él se declaró licenciado y nacido en Tordesillas. Esto último se pudo comprobar ser imposible, por no haberse bautizado, en todo el siglo XVI y en la villa de Tordesillas, hombre alguno que se llamase Alonso Fernández de Avellaneda.

En otra apreciación estuvieron conformes la mayoría de los investigadores avellanedistas: el que se escondía tras del seudónimo debía de ser o cura o fraile. En suma, un eclesiástico y, cosa extraña: en el siglo XVIII, Cervantes tiene mal ambiente en la crítica: no faltan apologistas de Avellaneda. D. Isidro Perales hasta supone que Cervantes, en la segunda parte del *Quijote*, plagia el de Avellaneda; don Agustín de Montiano y Luyando considera a Avellaneda muy superior a Cervantes; D. Diego de Torres Villarroel le ensalza; D. Juan Martínez Salafranca pinta a Cervantes como un envidioso de Avellaneda. Prodúcese, sin embargo, la natural reacción, y salen a la palestra, en duros juicios contra el *Quijote* apócrifo y su autor, D. Gregorio Mayans y Siscar, D. Vicente de los Ríos, Pellicer, Fernández de Navarrete, y por último, Clemencin. Desde principios del siglo XIX, no hubo ya una voz que se alzase en favor del falso *Quijote*, pero el enigma siguió irritando la curiosidad, y las investigaciones se activaron.

Es hacia fines del XVIII cuando las conjeturas toman cuerpo. D. Vicente de los Ríos dice que Avellaneda era «compositor de comedias, e implacable enemigo de Cervantes.» Pellicer supone que Avellaneda pudiese ser uno de los dos poetas aragoneses que en un certamen de Zaragoza adoptaron el mote de *Sancho Panza.* Apunta además Pellicer que Avellaneda sería dominico, supuesto muy general.

Cean Bermidez entendía que el autor del *Quijote* apócrifo era fray Juan Blanco de Paz, también dominico, y que ha llegado hasta nosotros con renombre de mala persona. D. Adolfo de Castro lleva más allá la suposición, atribuyendo el *Quijote* contrahecho a fray Luis de Aliaga, confesor del Rey, dominico igualmente, aragonés y zaragozano. Conste, ahora y siempre, que yo no tengo candidato alguno de mi cosecha para atribuirle el *Quijote*-parodia; líbreme Dios de terciar en este pleito intrincado y enmarañado. Sólo me atrevo a decir que, con los Avellanedas dominicos, se complicaría el recelo que sintió Cervantes de declarar el nombre, de rasgar el velo que cubría a su detractor e imitador. Un confesor del Rey, por ejemplo, en aquellos tiempos, haría exclamar «Guarda, que es podenco», y aun añadir: «Tate, Sancho, con la iglesia hemos topado.»

Así es que la conjetura de Aliaga fué patrocinada por varios eruditos: Gallardo, D. Cayetano Rossell, D. Justo Sancha, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Cayetano Alberto de la Barrera, docto indagador de nuestro Teatro. Posteriormente, D. Adolfo de Castro soltó una nueva hipótesis. Supuso que el fingido Avellaneda fuese fray Alonso Fernández, sin perjuicio de volver, adelante, al *aliaguismo,* afirmando que, por las pruebas indiciarias conocidas, el indudable autor del imitado *Quijote* sería fray Luis de Aliaga.

Impugnó esta opinión Tubino, cervantista de altos vuelos. El ataque de Tubino a la hipótesis aliaguista venía muy cernido de erudición, muy corroborado con pruebas negativas, y logró convertir nuevamente a D. Adolfo Castro, el inquieto y el genial, que últimamente lanzó la especie de si el falso *Quijote* sería obra de D. Juan Ruiz de Alarcón, el comediógrafo mejicano, apoyándola con los recursos de su ingenio. Para Benjumea, otro cervantista con ideas propias, Avellaneda fué primero fray Juan Blanco de Paz, y luego fray Andrés Pérez, autor de *La pícara Justina.* Para D. Ramón León Mainez, la categoría sube muchísimo, llega a la cima, y Avellaneda es ni más ni menos que el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega. Lo mismo creen gentes de nombradía, Fitzmaurice Kelly, D. Manuel de la Revilla, Pinheiro Chagas. Tal conjetura no dejó de abrirse camino, aunque de estar probada diste lo mismo que las restantes. Hasta a un alemán que residió corto tiempo en España se atribuyó el falso *Quijote,* y a fray Luis de Granada hubo quien se lo colgase.

Y como los grandes sabios también se engañan, no ha mucho, en 1897, dió a conocer Menéndez y Pelayo su conjetura, que ha parecido de las menos fundadas.

Ni aun convencen los argumentos negativos, en esta ocasión, de Menéndez y Pelayo. D. Aurelio Baig Baños los analiza y los malpara bastante. Menéndez y Pelayo, por ejemplo, afirma que no pudo Aliaga conocer ni aun de vista a los mayores ingenios de su tiempo. Un fraile tan encumbrado y tan conocedor de la vida social, ¿cómo había de ignorar la existencia de hombres tan célebres como Cervantes y Lope? Aliaga no era un recluso en el claustro. ¿Y por qué el *Quijote* falso no podría ser obra de un grave moralista? Lo era, y dominico, Mateo Bandello, autor de nada edificantes escritos. Añado yo: también en Quevedo existe la misma dualidad.

Al impugnar la afirmativa, queda aún más maltrecha la hipótesis de Menéndez y Pelayo. Era ésta, como acaso recuerde algún lector aficionado, atribuir la paternidad del *Quijote* de Avellaneda a un poeta llamado Alfonso Lamberto, por completo desconocido. Los indicios eran tan tenues, que sólo la robusta autoridad que los coordinó pudiera hacer que ilusionasen un poco. Obscurísimo empieza por llamar a su apadrinado el propio D. Marcelino. Sábese de él, por todo saber, que concurrió a los famosos Certámenes de Zaragoza por los años de 1614. Lo demás se pierde en la niebla de escasísimas noticias, hasta desmentidas por posteriores descubrimientos. Es mucho más positivo que existió un Martín Lamberto Iñiguez, amigo de los Argensolas. Que fuese pariente del Alfonso Lamberto, no se sabe. Ni esto ni cosa alguna, a decir verdad...

Puso la imaginación en prensa el autor de *La Ciencia Española*, y llegó a apoyar su conjetura en un anagrama también imaginario que encuentra en el *Quijote* apócrifo. Todo ello tan forzado y arbitrario, que ni nombrarse merecería a no proceder de quien procede. Como antes dije, los hombres insignes yerran igual que los demás.

Impugnó a Menéndez y Pelayo el director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sr. Groussac, adelantando de paso su hipótesis, según la cual el autor del *Quijote* de Avellaneda es Micer Juan José Martí, el mismo que, bajo el nombre supuesto de Mateo Lujan Sayavedra, publicó una continuación al *Guzmán de Alfarache.* Molestado por la impugnación de Groussac, que tenía mucho de desdeñosa, Menéndez y Pelayo revolvió papelotes y logró averiguar que Martí había fallecido en 1604, en que no estaba aún impresa la primera parte del *Quijote*... ¡Otra conjetura al agua! Una más, la de D. Adolfo Bonilla San Martín, que atribuye el falso *Quijote* a un D. Pedro Liñán, secretario del marqués de Camarasa. Mi amiga doña Blanca de los Ríos, por su parte, lo atribuye a Tirso de Molina, lo cual (sin que yo me meta en camisa de once varas) me parece demasiado honor para el Avellaneda que fuese...

A su vez, el autor del libro que me da ocasión y tela para estas páginas, D. Aurelio Baig Baños, tiene su hipótesis. Y no la cree hipótesis, sino verdad. Cierto que lo mismo habrán pensado los demás que supusieron roto el velo del enigma.

Para el Sr. Baig Baños, el pretendido Avellaneda no es otro que fray Alonso Fernández, autor de varias obras de devoción. Era dominico, y el Sr. Baig entiende que por esta circunstancia fué benigna con su novela, asaz libre y desvergonzada, la Inquisición; que era hombre de influjo y valía, y no obscuro como el Alfonso Lamberto de Menéndez y Pelayo; apoyando este supuesto en pasajes del mismo falso *Quijote;* y yo reconozco que estos pasajes delatan al fraile atiborrado de teología y conspicuo..., y que la novela *Los felices amantes,* que tiene el mismo argumento de *Margarita la Tornera*, es una leyenda conventual, que acaso no utilizase seglar alguno en el siglo XVII. Esto yo no lo puedo demostrar con datos: lo percibe mi sensibilidad crítica.

Hay en el *Quijote* de Avellaneda, al lado de obscenidades, groserías y escatologías, lo cual no es inverosímil en aquel tiempo en un fraile, mucho que delata el ambiente del convento; mucha teología, no poco sermonario. Insisto en que no hablo como apoyando la tesis del Sr. Baig. No tengo autoridad alguna, aunque benévolamente me la conceda el señor Baig al citar unas palabras mías.

La conjetura del Sr. Baig no es irrefragable, como tampoco las que la han precedido; pero los indicios son en ella algo más vehementes. La conjetura del bloque contra Cervantes no carece de fundamento histórico. Las suposiciones basadas en fechas no son quiméricas. El estilo de las obras confesadas de fray Alonso Fernández, no es incompatible (a pesar de la diferencia de asunto) con el del falso *Quijote.* Más disparidad existe entre el de las obras ascéticas y las de gorja de Quevedo. Es decir que nada veo de absurdo en la hipótesis del Sr. Baig.

Tampoco me parece que desdice de la personalidad de este fraile, autor de obras históricas, teológicas y hagiográficas, General de su Orden, el hecho del misterio que viene rodeando al autor del *Quijote* apócrifo. Si hubiese sido un laico, no pondría el cuidado que indudablemente debió poner, para que no fuese posible rasgar el velo. Nada tiene de sorprendente el hecho de que un fraile de aquellos días escribiese tal novela; pero naturalmente, por ser fraile, había de mantener con cierto rigor el incógnito. Y el incógnito se ha mantenido. Como dice acertadamente el Sr. Rodríguez Marín, en el prólogo a la obra del Sr. Baig, «la debatidísima cuestión seguirá entregada, como el mundo, a las disputas de los hombres, hasta que una dichosa casualidad, o el perseverante trabajo de algún investigador, saquen de las tinieblas de algún polvoriento archivo a la clara luz del día un documento fehaciente, que declare, con sencillez y laconismo, cómo se llamaba el autor de ese libro malhadado, que desveló a Cervantes, y trae sin sueño, tres siglos después de dado a la estampa, a los cervantistas de ambos mundos.»

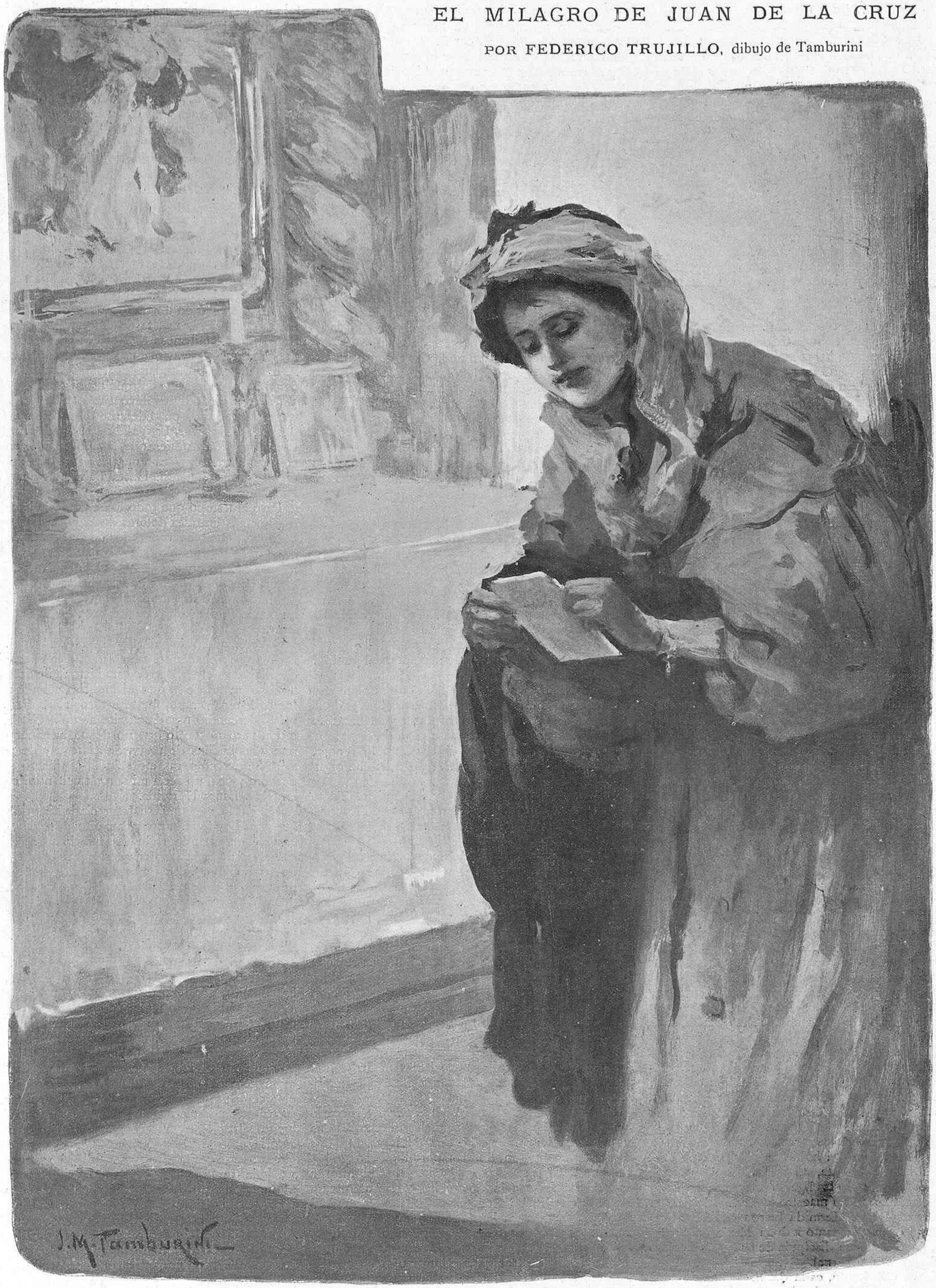
Baste al Sr. Baig haber emitido una conjetura que no ofende al sentido común, y descansa, a falta de documentos, en bien coordinadas deducciones. La certidumbre, por hoy, no existe. No hay que desesperar, sin embargo. Este rompecabezas llegará a encajarse, y veremos su conjunto, cuando menos se piense. Es cuestión de revolver archivos, desempolvar legajos, y estudiar bien el epistolario de la época, donde es imposible que no haya referencias a un escándalo literario tan ruidoso.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

2009 Ministerio de Cultura

EL MILAGRO DE JUAN DE LA CRUZ

POR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Tamburini



Después la vi sacar un espejo de su bolsillo de malla de oro y contemplarse...

Sentados en torno de una mesilla rústica en el jardín parroquial, con las jarras bien repletas de sidra sabrosa y refrescante, y a la sombra de un árbol frondoso plantado a la puerta del presbiterio, escuchábamos la palabra del viejo sacerdote que, poseído de una fe profunda, relataba un extraordinario suceso con visos de milagro ocurrido en aquel humilde pueblecillo vasco de pescadores y gañanes.

Formábamos la tertulia una señorita linda, sonrosada, risueña como una pastorcita de Vatteau; su madre, señora de rancias costumbres y trato afable; el novio de la jovencita, un muchacho con la complexión atlética de un jugador de pelota, que era *versolari* (1), y un tal D. Hermógenes que, fuera de su rancia manía de negarlo todo, me pareció un hombre muy simpático e instruído.

(1) Poetas populares o improvisadores en las Vascongadas.

2009 Ministerio de Cultura

Del padre Enríquez sólo he de decir que era un viejecillo amable y risueño que bajo su sotana, pobre y descolorida, ocultaba modestamente su saber, adquirido en el trato constante de los libros.

– ¿Un milagro nos va usted a relatar?, dijo el filósofo D. Hermógenes preparando sus *silogismos formidables* contra el buen padre Enríquez.

Y antes de que el buen religioso pudiera contestarle, le disparó una rociada de contundentes razonamientos.

El cura, sonriendo dulcemente, contestó:

– Ya he dicho a usted varias veces, amigo mío, que vemos las cosas desde diferentes puntos de vista.

– En fin, contestó el filósofo, impaciente ante la serenidad del sacerdote. Relate usted ese milagro, que ya ardo en deseos de conocerlo.

– Debo decir a ustedes que no es un milagro, sino una extraña casualidad que ocurrió en este pueblo, tiempo ha, y que al fin y a la postre, milagro o no, dió lugar a una obra laudable. Verán ustedes cómo fué...

En este mismo pueblo hubo hace unos años un muchacho de singulares disposiciones artísticas y tan hábil en el manejo de los pinceles y en la combinación de los colores, que causaba la admiración de los que contemplaban sus obras. Su fama se hubiera extendido por toda España si una enfermedad terrible no le coartara su libertad, impidiéndole salir de esta villa y limitando su esfera de acción a la casa de sus mayores y a los cortos y poco frecuentes paseos en compañía de su anciana madre y de su hermana, una jovencita costurera que había sacrificado a la piedad fraternal todos los anhelos de sus veinte abriles. Doña María Atienza, viuda del Sr. de la Cruz, pobre comerciante que fué de esta villa, y Elisita de la Cruz, eran dos mártires: el padecimiento de Juan de la Cruz, una epilepsia incurable, hizo que las dos pobres mujeres vivieran en perpetua inquietud, vigilando siempre al pobre enfermo como si fuera un niño, sin poder gozar de las alegrías de la vida.

Juan de la Cruz en su infortunio procuró instruirse, y en la lectura y en la música encontraba un lenitivo para sus penas. Su piano y sus libros sirviéronle durante una existencia dolorida de compañeros y amigos fieles. Pero donde él encontraba aún más delectación era en su lienzo, en sus pinceles, en su caja de pinturas: queríala a ésta con la ilusión de la primera novia.

Un día, una jovencita cuyos padres acababan de establecerse en este pueblo fué presentada al pintor, de quien había oído hablar con tanta alabanza. Al saludarla, el artista quedó un instante embelesado ante su rostro angelical, cándido, lleno de serenidad, de una pureza semejante a la de una imagen de Murillo o de Rafael. Lo que en aquel momento sintió Juan de la Cruz sería difícil explicarlo: era algo así como la fusión del sentimiento del enamorado con la emoción del artista ante la hermosura ideal soñada en los deliquios de una inspiración sobrenatural. Hablaron largo tiempo. También ella a su modo era soñadora, sólo que soñaba con amores imposibles a los que no podía aspirar en su modestia de señorita de clase media. La soberbia hacía fermentar muchas veces en el corazón de la joven deseos insanos que el respeto a los suyos y su fuerte constitución moral, debida a la educación de unos padres cristianos y buenos, combatían fortaleciendo su espíritu.

Cuando Laurita Hermida se despidió de su nuevo amigo, éste quedó dulcemente pensativo. Le pareció como si hubiera gozado de una aparición celestial, que al alejarse de sus ojos había dejado en la estancia un tibio resplandor de aureola y un suave olor de rosas y jazmines.

A los tres meses de conocerse, Juan de la Cruz y Laura parecía como si hubieran sido compañeros de toda la vida, y ésta, aficionándose a su trato, aprendió del enfermo las ligeras nociones de dibujo que éste recibió de un maestro trashumante. Elisita de la Cruz y Laura Hermida fueron también excelentes amigas, y en cuanto a doña María, la madre de Juan, sintió por la discípula de su hijo un cariño verdaderamente maternal.

La familia de Laura, cada día más cuidadosa de aquella hija que iba creciendo en gracia y hermosura, veía con gusto tan tiernas amistades, de las que sólo esperaba buenos consejos y mejores ejemplos. Juan de la Cruz se había impuesto la obligación de no ver en su discípula sino una hermana, y por esto, cuando la joven le pedía consejo, era acaso demasiado severo en sus juicios; pero los dos amigos se identificaron de tal modo, que aunque él la trataba como un segundo padre, regañándola en ocasiones, ella era cada vez más blanda y sumisa.

– ¿Por qué no me haces un retrato?, dijo un día Laura a Juan, que la contemplaba extático.

– ¿Por qué?, respondió él. Porque eres tan hermosa que temo no interpretar fielmente tu belleza... Cuántas veces he creído poseer el secreto de tu gracia y al ir a trasladar tu imagen al lienzo, te has escapado de mi mente como se escapa la luna de las manos del niño que pretende cogerla en las aguas de un arroyo, en el reflejo de una fuente...

– Sin embargo, dijo Laura, insisto en mi pretensión. Mi hermosura no es tan extraordinaria que no pueda condensarla en un cuadro tu inspiración. Mañana empezaremos. Quiero contribuir a tu gloria.

Al día siguiente comenzó Juan de la Cruz su obra. En su afán de superarse, todo su trabajo le parecía pobre, incoloro, falto de vida; de ese encanto milagroso que se desprende de los cuadros de los grandes maestros. En estos desalientos animábale ella, pero los meses pasaban y la imagen de Laura en el lienzo era todavía algo impreciso, vago, que esperaba el momento supremo de espiritualidad para surgir de la sombra. Lo cierto era que al calor de esta amistad de enfermo parecía aliviarse como si la belleza de Laura ejerciera una acción sedante en su organismo. Así estaban Juan de la Cruz y Laura cuando aquél comenzó a sorprender en ésta cierto aire de cansancio, una pátina de tristeza, y sospechó que su amiga le ocultaba algún secreto de su ánima.

El joven, decidido a saber el secreto que tan cavilosa tenía a su compañera, la hizo tales preguntas que ésta al fin descubrió su corazón.

– No pensaba haberte dicho nada, dijo. Me daba tanta vergüenza... Pero supongo que tú estarás conforme conmigo.

– ¿Y qué es ello?

– Tengo novio.

Juan de la Cruz palideció intensamente.

– ¿Y saben o suponen algo tus padres?

– Nada; yo he procurado que no se enteren.

– ¡Mal hecho!, respondió él frunciendo el entrecejo.

– ¿Lo ves?, ya pones mala cara. Cuando yo decía...

– ¿Y se puede saber quién es tu novio?

– Mi novio es... Agustinito Jarque.

– ¿Ese joven que ha venido hace poco al pueblo?

– El mismo.

– Pero Laura, ¿no comprendes que aunque son muchos tus atractivos, tu clase no está al nivel de la suya? ¿No sabes que se corren por la villa historias no muy edificantes respecto a su persona?

– Que tiene más dinero que yo, no lo ignoro, pero, ¿acaso por eso vale más?, respondió ella orgullosa.

– Bueno; yo no digo que él no te quiera. Tú te mereces eso y mucho más; pero, ¿por qué él no define su situación y no habla a tus padres? ¡Esto es lo correcto!

– No puede ser, por ahora. Sus padres así al pronto se opondrían a nuestras relaciones, dijo Laura como tratando de darse una íntima satisfacción.

Quedó Juan de la Cruz pensativo. En la pureza de sus sentimientos temía parecer egoísta.

Cuando los padres de la joven se enteraron de los amores de su hija y de la pérfida manera de proceder de su novio, decidieron cortar aquellas relaciones. Pero ya era tarde: el amor había tomado tal incremento en el corazón de Laura, que todo fué en balde. Sucedíanse a los regaños tiernos de la madre y a los agrios castigos del padre las conversaciones por el balcón a las altas horas de la noche, cuando todos dormían; los encuentros en la playa a espaldas de sus mayores, las miradas y señales furtivas en el paseo, las cartas llenas de lamentaciones y esperanzas. Así pasó más de un año.

Un día Laura desapareció del hogar paterno y no se volvió a saber de ella en mucho tiempo. Todas las averiguaciones resultaron infructuosas. Las dos familias se sintieron heridas por el mismo golpe. Juan de la Cruz se tornó más triste, más huraño: su enfermedad fué agravando en tales términos, que un día el doctor hubo de confesar a la buena doña María y a la martirizada Elisita que Juan se moría por momentos. El vaticinio se iba cumpliendo fatalmente.

De pronto el enfermo pareció reanimarse, y mostrando deseos de trabajar, se encerró en su cuarto. Fué un día, un solo día, de fiebre creadora, de entusiasmo artístico, de explosión de su dolor sincero, el tiempo de que dispuso para terminar aquella obra que no creyó concluir nunca: el retrato de Laura Hermida. Al dar la última pincelada llamó a su madre y a su hermana. Sentíase peor. Las dos mujeres quedaron atónitas ante el cuadro. El rostro de Laura, divinamente hermoso, lleno de pureza, aparecía rodeado de un nimbo de luz celestial, y su cuerpo gentil, cubierto con un hábito blanco y una túnica azul, flotaba sobre una nube de tonos nacarados en el fondo de un cielo de ilusión. Era Laura Hermida tal como la conoció Juan de la Cruz: cándida, infantil, representando en el lienzo a la Purísima Concepción.

Una noche me llamaron para que diera al enfermo los auxilios espirituales. Juan de la Cruz me hizo confesión de sus pecados pueriles, pues murió inocente como un ángel, y después, sin secreto de confesión, departiendo amistosamente conmigo como despidiéndose para un largo viaje, me contó el gran dolor que le llevaba al sepulcro y me dijo:

– Sólo un favor le pido. No vea en él ningún deseo de vanidad. Si usted lo admite, yo regalo ese cuadro de la Virgen para la iglesia; no quiero que esa imagen ande en manos profanas algún día. No tema usted que pueda manchar el santo hogar el recuerdo de esa mujer. Es ella, sí. Es Laura Hermida la que inspiró el cuadro, pero es Laura Hermida pura, limpia de pecado; es mi Laura tal y como ha salido de mi corazón, sin mancha alguna como un recién nacido. Puede usted bendecirla.

Después cayó en un estado de postración indefinible y dos horas más tarde entregaba su ánima al Señor. Desde entonces está el cuadro en una capillita de esta iglesia y cuantas personas lo han visto se han sentido profundamente emocionadas. Vengan ustedes antes de que continúe mi historia.

(Y el sacerdote nos llevó a la capilla que aludía en su relato y nos puso delante de la obra maestra de Juan de la Cruz. Las palabras del padre Enríquez y la impresión estética que la imagen nos produjo con su hermosura suprema, hicieron que nuestros ojos se humedecieran. Hasta D. Hermógenes estaba silencioso.)

Pasó el tiempo que todo lo allana, que hace olvidar los más grandes dolores de la vida. Los padres de Laura, como avergonzados de su desgracia, marcharon de este pueblo que sabía su amargura. Elisina de la Cruz, envejecida por el sufrimiento, vió pasar en el celibato la flor de sus abriles, pero como es tan buena encontró un marido que la hace feliz y en unión de su madre y de su esposo se ha marchado lejos, muy lejos huyendo del dolor.

– Pero, ¿y el milagro?, dijo D. Hermógenes.

– No se impaciente, amigo mío, dijo el religioso; el milagro es el epílogo de esta historia de dolor. Estaba yo una tarde en este mismo sitio, cuando un automóvil se paró aquí, frente a este árbol. Del automóvil descendió una dama ricamente ataviada, hermosa, pero no tanto que no dejara adivinar en su rostro las huellas de una vida azarosa y de perversión. Se acercó a mí, me saludó, me llamó por mi nombre y cuál no sería mi sorpresa cuando reconocí en ella a Laura Hermida.

Me habló, me contó su desgraciada historia y supe que fué abandonada por su amante. Después, con el corazón endurecido, se había lanzado a una existencia que si bien la hizo rica, en cambio la trocó en un ser indigno, en una mujer funesta. Entonces yo, ansiando que Laura volviera al buen camino, tuve una divina inspiración y conté el desgraciado fin de Juan de la Cruz, la historia del cuadro, pero ocultando que la tal pintura estaba en mi poder. Quería hacer con mi hija de confesión algo que los grandes alienistas hacen con los locos: producirles una gran impresión para devolverles la razón perdida. Con habilidad, valiéndome de un piadoso engaño la traje a esta capillita, pero teniendo buen cuidado de que estuviera el cuadro a sus espaldas, para que sólo se fijara en uno de esos momentos en que al encontrarse sola curioseara las bellezas del santuario. Luego con un pretexto hice como que me retiraba un momento pero en realidad me escondí para observar el efecto que la imagen producía en su alma. Comenzó por mirar en torno suyo; luego estuvo un momento silenciosa, como abismada en el recuerdo de algo lejano. Por fin, fijó sus ojos en el cuadro de la virgen; entonces la vi avanzar, vacilar un momento y exhalar un grito agudo de sorpresa, de espanto, de admiración a un tiempo. Después la vi sacar un espejo de su bolsillo de malla de oro y contemplarse, terminando por caer de rodillas presa de un llanto demostración de un arrepentimiento tardío, pero sincero y eficaz. Dos meses más tarde Laura se retiró a una vida contemplativa, que confortaba piadosa con frecuentes obras de caridad.

Al terminar el padre Enríquez su narración, en todos los contertulios hubo un movimiento de agrado.

– ¡Es el milagro del amor!, dijo nuestra joven compañera, emocionada.

– ¡Es el milagro del arte!, respondió el *versolari*.

D. Hergómenes puso un agrio comentario:

– No es un milagro: es una casualidad.

Y el padre Enríquez tuvo que decir al filósofo:

– Pero ¿no es verdad que es una bella casualidad?

2009 Ministerio de Cultura

En Versalles. - La señorita Emiliana Moreau, la heroína de Loos, en medio de varios soldados condecorados.

La señorita Emiliana Moreau, la heroína de Loos, que en septiembre último, cuando el ataque de los ingleses contra las posiciones alemanas, se lanzó al frente de las tropas para guiarlas y, lanzando granadas, mató numerosos enemigos, hecho por el cual el gobierno francés le ha concedido la Cruz de Guerra. - El general Sailly imponiendo a la señorita Moreau las insignias de la Cruz de Guerra, en Versalles. (Fots. de Rol.) - En el Pabellón de Flora, París: el público acudiendo a suscribirse al empréstito de la Victoria. (Fot. de Branger.)

2009 Ministerio de Cultura

MADRID. - SALÓN MODERNO

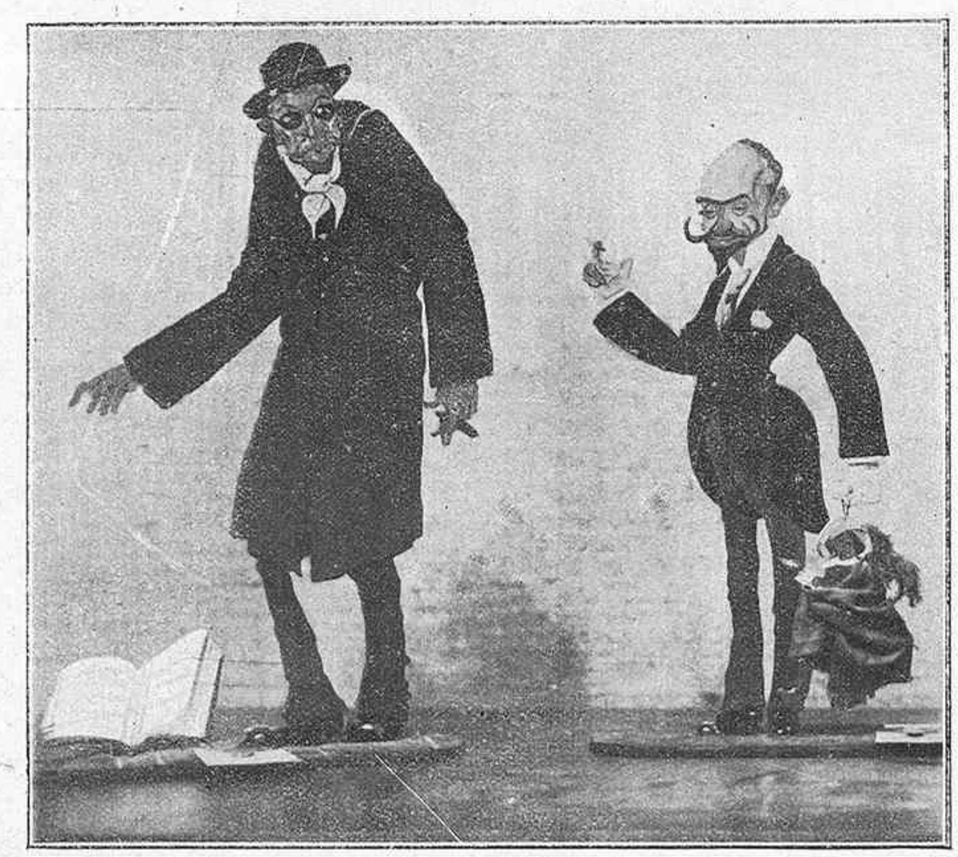
EXPOSICIÓN DE HUMORISTAS

(Fotografías de J. Vidal y de Asenjo.)

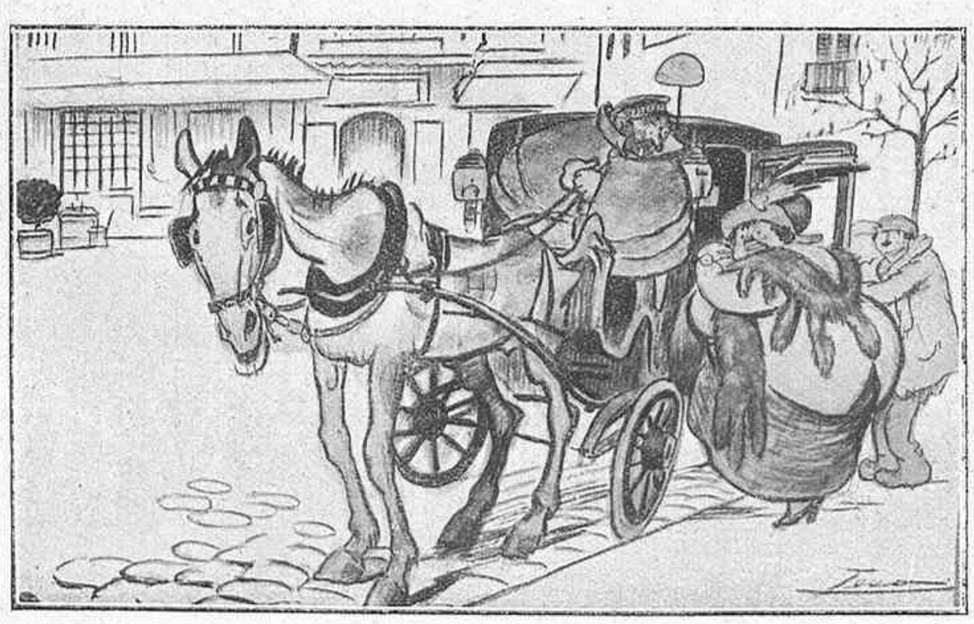
SS. MM. el Rey D. Alfonso y la Reina Doña Victoria, por Fresno

Bebé, por Cerezo

«Gaudeamus», por Tito



Galdós y Benavente (en madera recortada), por Ibáñez



Ultima hora. - Los que acaban de enterrar a su pariente felicitan a usted las Pascuas, por Tovar

2009 Ministerio de Cultura

Autocañón de 47 milímetros y autoametralladora en una carretera de Flandes dispuestos a avanzar para emprender un ataque. (De fotografía de M. Branger.)

objeto, está dispuesta a enviar muy pronto 50.000 hombres.

La respuesta de Grecia a la nota de las potencias de la Cuádruple Inteligencia no ha sido, según parece, todo lo categórica y franca que éstas deseaban. En ella el gobierno helénico confirma la intención de conservar la neutralidad benévola para los aliados hasta el límite extremo compatible con la dignidad de la nación; pero al mismo tiempo hace reservas sobre la petición de los aliados relativa al libre uso de los ferrocarriles y sobre la acción de las escuadras de aquéllos en aguas territoriales griegas. Que la contestación no habrá sido tan satisfactoria como los aliados querían lo indica el hecho de que, según han afirmado varios periódicos franceses, se han reproducido recientemente las medidas de coacción adoptadas por aquéllos hace algunos días consistentes en dificultar la navegación de los buques griegos y que fueron suspendidas cuando se creyó que Grecia se allanaría a las exigencias de la Cuádruple. Alemania y Austria, por su parte, parece que han declarado que si el gobierno griego acepta las peticiones de los aliados, ellas dejarán de considerar a la Macedonia griega como territorio amigo.

Mr. Winston Churchill, que ha dimitido el cargo de Canciller del ducado de Láncaster en el ministerio inglés y ha ido a reunirse en Francia a su regimiento para tomar parte activa en la guerra. La fotografía representa a Mr. Churchill (1) hablando con Sir Juan French (2), comandante en jefe del ejército inglés en Francia. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. – La lucha ha estado reducida a duelos de artillería, combates de trincheras, explosiones de minas y bombardeos aéreos, sin que se haya modificado sensiblemente la situación de los beligerantes.

Teatro de la guerra de Oriente. – También en Rusia ha habido casi únicamente lucha de artillería, sin más acciones de relativa importancia que el haber contenido los rusos la ofensiva alemana al Sudoeste de Pinsk y haber rechazado algunos ataques al Noroeste del lago Sventen, en la región de Dwinsk, al Sudoeste de Rafalovka, a orillas del Styr, y contra el pueblo de Brikolta, al Oeste de Trembovla. Los alemanes sólo hablan de haber rechazado un ataque ruso al Oeste de Riga, al Sudoeste del lago Rabit.

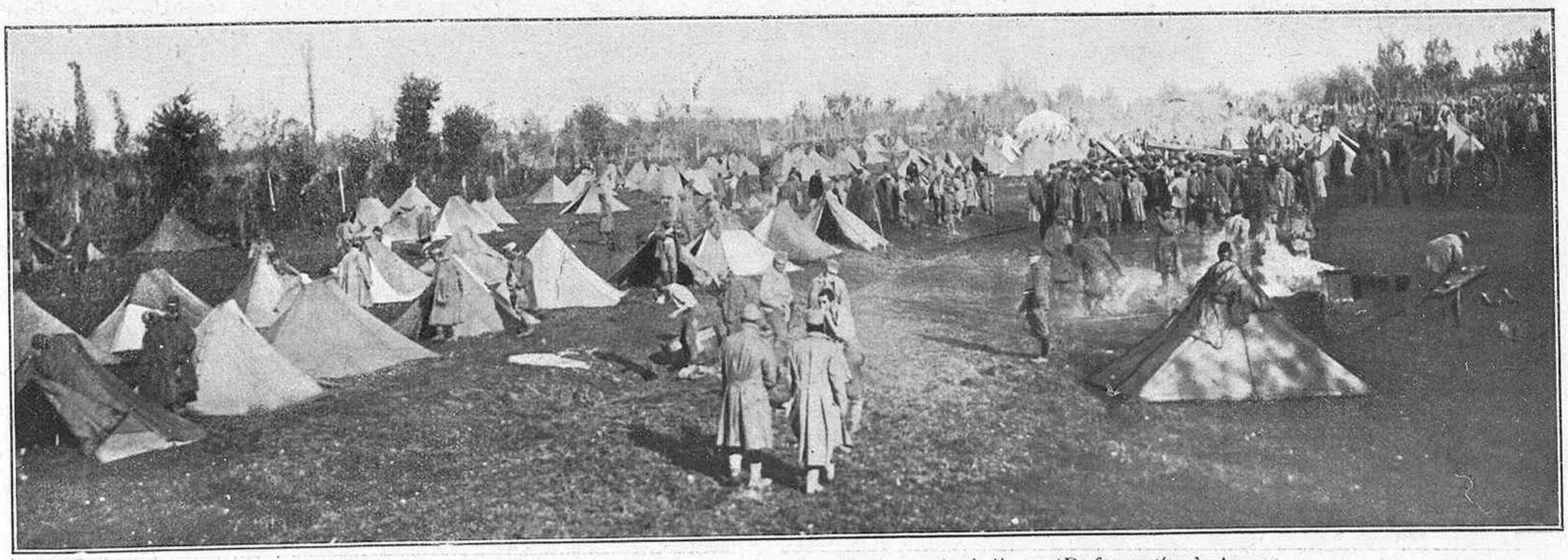
Italianos y austriacos. – Aunque no tan violenta como en la semana anterior, ha continuado la ofensiva de los italianos contra el frente del Isonzo, habiendo ocupado algunas trincheras en el Carso y parte de un atrincheramiento frente a Tolmino, y rechazado varios ataques contra Monte Nero, contra las posiciones al Este de Oslavia y a lo largo de las pendientes septentrionales del monte San Michele; asimismo han rechazado algunas fuerzas austriacas que momentáneamente habían logrado penetrar en los atrincheramientos del contrafuerte Mrzli (Monte Nero) y en las posiciones de la zona de Blobna (Isonzo medio). Además han continuado bombardeando enérgicamente la plaza de Goricia. Los austriacos dicen que han rechazado todos los ataques dirigidos contra el monte San Michele, contra las posiciones del sector de San Martino, contra la cabeza de puente de Tolmino y las posiciones de la montaña al Norte de esta población, contra la cabeza de puente de Goricia y contra la planicie de Doberdo.

En los Dardanelos. – También en la península de Galípoli se ha hecho, por decirlo así, endémica la lucha de trincheras con sus correspondientes duelos de artillería, explosiones de minas, etc. Los turcos dicen que en Kemikli Linau encalló un transporte enemigo alcanzado por sus granadas, y que su artillería ha hecho blanco en un acorazado que bombardeaba Kavac Koeprne y que suspendió el fuego y se alejó. Los alemanes afirman que la situación de los ingleses en aquella península es muy apurada; que a causa de los temporales de invierno los buques no pueden hacerse a la mar y que el aprovisionamiento del ejército tropieza cada día con mayores dificultades.

En los Balcanes. – Los ejércitos austro-húngaros que operan contra Montenegro han ocupado sucesivamente Foca, Metalka y Plevlje; han tomado por asalto las alturas al Sur de esta última población, y han avanzado en territorio montenegrino al Sur y Sudoeste de Novi Bazar y sobre la carretera de Mitrovitza a Ipek, habiendo derrotado al Este de este último punto a la retaguardia servia. Las tropas austroalemanas que luchan en Servia han ocupado Monastir y rechazado a los servios y montenegrinos al Sur de Sjenitza y al Nordeste de Ipek. Los búlgaros han tomado la importante plaza de Prizrend y una trinchera francesa en Krivolac. Los montenegrinos han infligido una derrota a los austriacos en la región de Fotcha y los han rechazado en la orilla izquierda del Tahohotino, en Brodarevo, en Sjenitza y en Biolopolis. Los servios, en su retirada, han ido refugiándose en Albania y en Montenegro. Los franceses han rechazado numerosos reconocimientos enemigos en el frente del Cerna y un ataque de los búlgaros hacia Kosturum; pero la caída de Monastir los ha obligado a modificar algunas posiciones del frente.

Dícese que el general Cerbokoff tomará el mando del ejército ruso de 200.000 hombres concentrado en Besarabia para intervenir directamente, de un momento a otro, en la guerra de los Balcanes; y se dice también que Italia, con este mismo

En Mesopotamia. – En Ctesiphón, el ejército inglés que marchaba sobre Bagdad, atacado por fuerzas turcas superiores, hubo de retirarse a Kut-el-Amara, habiendo tenido 4.500 bajas y perdido dos cañoneros, dos transportes y varios aeroplanos.



En Italia. – Campo de concentración de prisioneros austriacos hechos por los italianos. (De fotografías de Argus.)

Varia. – El general Joffre ha sido nombrado comandante en jefe de todos los ejércitos franceses.

En París se ha celebrado el primer Consejo de guerra de los aliados presidido por el generalísimo Joffre: a él han asistido los generales Gilinski, ruso, y Porro, italiano; el coronel servio Stefanovitch, y representantes de Inglaterra y Bélgica.

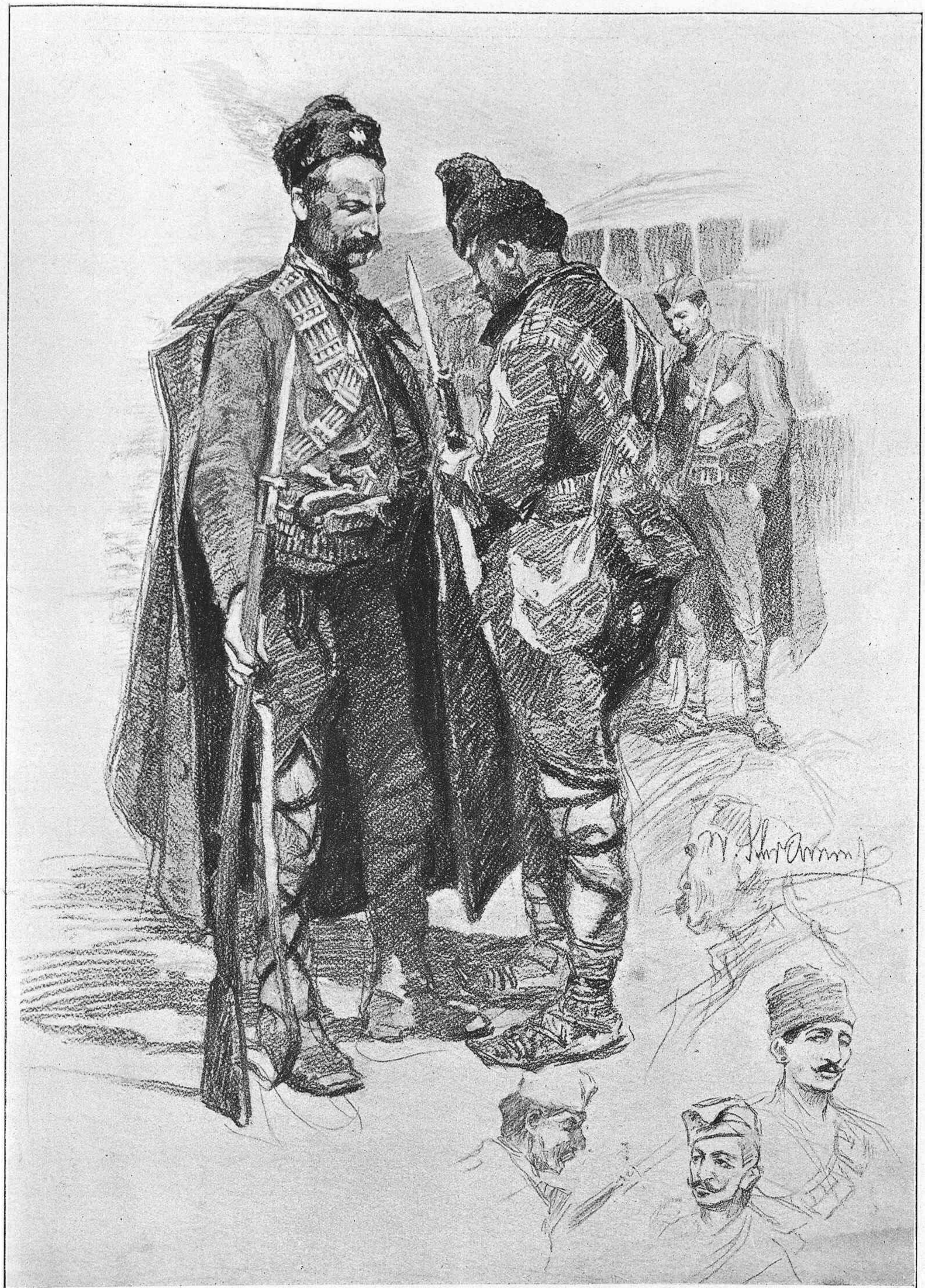
2009 Ministerio de Cultura

La guerra europea. – Habitantes de una población servia ante los escaparates de la redacción de un periódico enterándose de las últimas noticias recibidas del teatro de la guerra (De fotografía de Parrondo.)

La guerra europea. En Rusia. – Aldeanos rutenos huyendo ante la invasión de los austroalemanes en Galizia. (De fotografía de Az Est, de Budapest.)

A medida que los ejércitos de los imperios centrales han ido avanzando por el territorio ruso, las poblaciones de las comarcas amenazadas han abandonado sus hogares, trasladándose con sus ajuares míseros a otros puntos, lejos del país ocupado por el invasor. La hermosa fotografía que reproducimos da idea de este triste éxodo que, como en Rusia, se realiza en tantos otros lugares devastados por las horribles calamidades de la presente guerra

2009 Ministerio de Cultura



LA GUERRA EN LOS BALCANES. – COMITADJES SERVIOS, dibujo del natural del primer teniente del ejército alemán Víctor Schramm

(Reproducción autorizada.)

2009 Ministerio de Cultura

NOTAS DE ACTUALIDAD DE BARCELONA Y MADRID

Excmo. Sr. D. Luis Antúnez y Monzón, exgobernador de esta provincia, fallecido en Barcelona el día 5 de los corrientes.

Barcelona. Entierro del Excmo. Sr. D. Luis Antúnez
Paso de la fúnebre comitiva por el Paseo de Gracia. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

EXCMO. SR. D. LUIS ANTÚNEZ

En esta ciudad, en donde se hallaba accidentalmente, procedente de Suiza y de paso para Madrid, ha fallecido el excelentísimo Sr. D. Luis Antúnez, dignísimo gobernador civil que fué de la provincia de Barcelona desde julio de 1886 hasta fines de 1890.

Su nombre va asociado a la grandiosa Exposición Universal barcelonesa y a todas las grandes reformas y mejoras de que fué objeto nuestra capital durante la época de su mando; y las continuas pruebas de inteligencia y honradez de que dió pruebas le conquistaron el respeto y las simpatías de todos los barceloneses, sin distinción de partidos ni de clases, pudiendo afirmarse que su gobierno ha sido recordado unánimemente con respeto y admiración.

Fué el Sr. Antúnez resuelto amigo y protector de los obreros e intervino con gran acierto e imparcialidad en multitud de conflictos entre el capital y el trabajo, consiguiendo siempre, merced a su tacto, armonizar los intereses de uno y otro.

Estuvo afiliado al partido del Sr. Sagasta; pero en 1895 se separó de él y no volvió a figurar en política, dedicándose a empresas particulares que le valieron mucha honra y provecho. Había representado en el Congreso varias veces a Las Palmas, ciudad de donde era natural.

El Sr. Antúnez ha correspondido largamente al afecto que le profesaba Barcelona disponiendo en su testamento que de sus bienes se constituya el capital necesario para obtener una renta anual de 45.000 pesetas con objeto de atender con ella al fomento y difusión de la instrucción pública en nuestra ciudad.

El entierro del Sr. Antúnez ha sido solemnísimo, habiéndolo presidido todas las autoridades y habiendo asistido a él representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial, de los centros oficiales y de numerosas entidades, senadores, catedráticos y otras personalidades distinguidas.

Excmo. Sr. D. Ramón Méndez Alaniz, director general de Seguridad, fallecido en Madrid el día 5 de los corrientes. (De fotografía de J. Vidal.)

EXCMO. SR. D. R. MÉNDEZ ALANIZ

Nació el Sr. Méndez Alaniz en 1857 y en 1884 ingresó en el Cuerpo Jurídico Militar. En dos ocasiones, en 1885 y en 1892 fué destinado a Cuba, en donde prestó importantes servicios y asistió a varias operaciones de guerra y hechos de armas, desempeñando comisiones con valor extraordinario y gran riesgo de su vida, por lo cual fué premiado con cruces del Mérito Militar, del Mérito Naval y de María Cristina. En la Universidad de la Habana, desempeñó la cátedra de Derecho civil y penal.

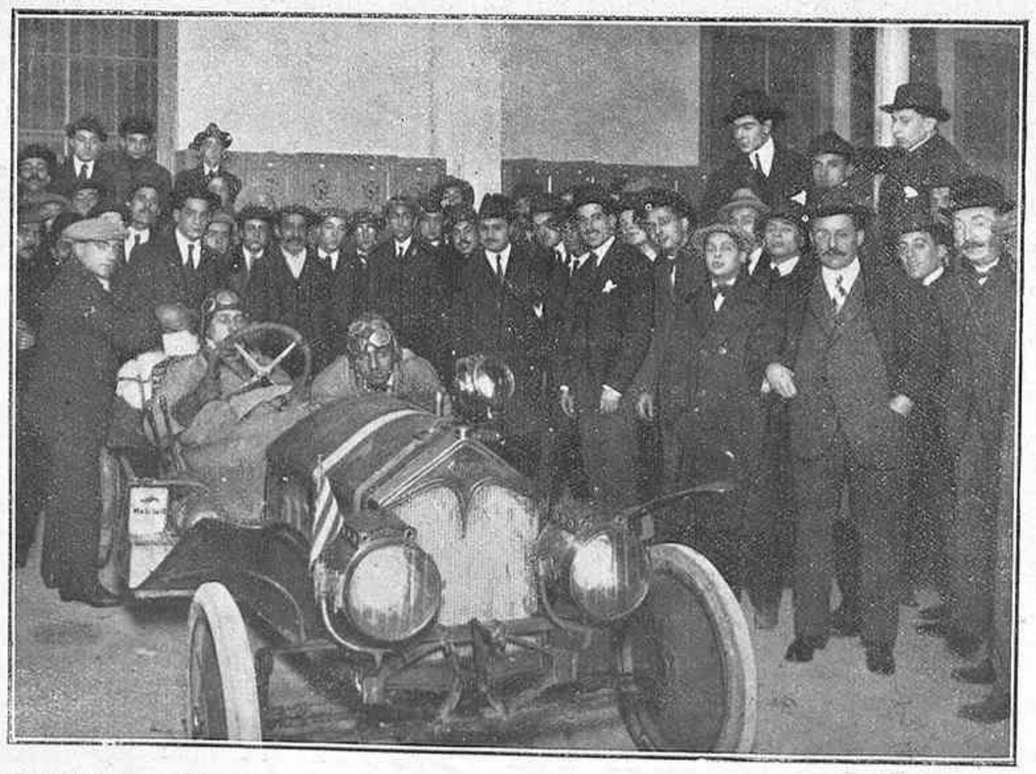
En 1898 regresó a la Península por haber sido elegido diputado a Cortes; y en 1900 fué ascendido a auditor de división, y en marzo de 1914 a auditor general. En 1911 se le otorgó la gran cruz del Mérito Naval con distintivo blanco como autor de un anteproyecto de código marítimo.

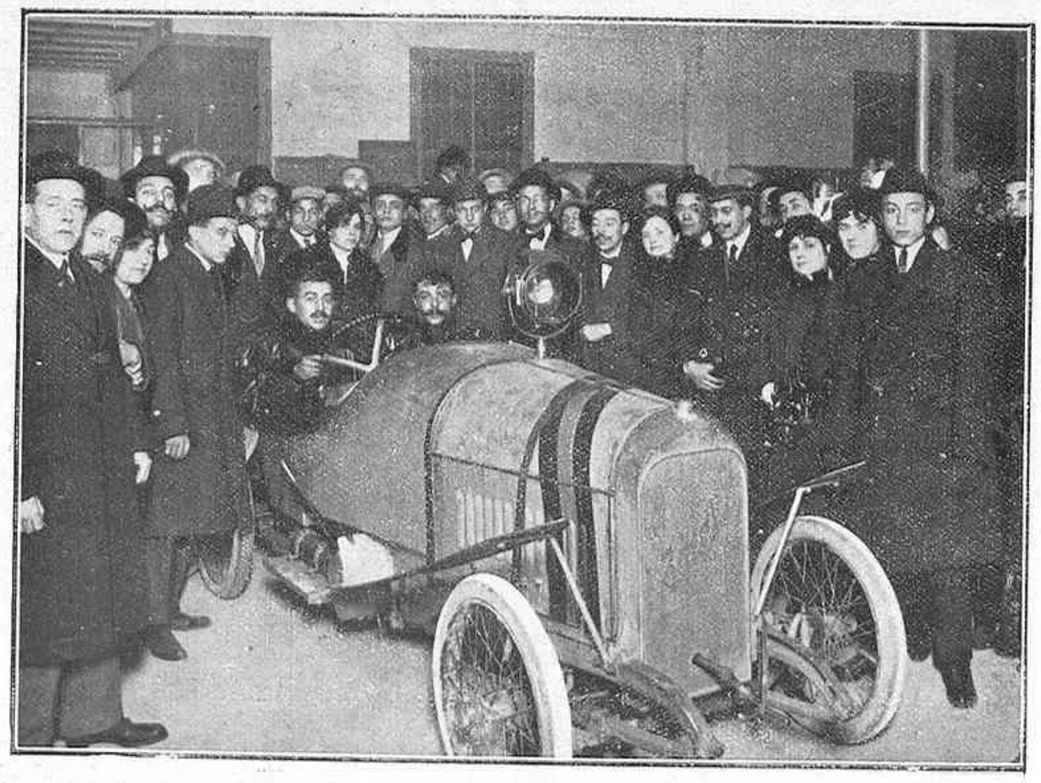
En 1909 fué nombrado jefe de la Policía gubernativa de Madrid y en 1912 director general de Seguridad, cargo que desempeñó con la confianza de varios gobiernos y en el que demostró su gran talento organizador y sus dotes de mando.

BARCELONA. – MATCH CUSTALS-MORÉ

Entre los conocidos motoristas D. Joaquín Custals y D. José M.ª Moré concertóse un *match* para recorrer en autociclo el trayecto Barcelona-Madrid-Barcelona (1.225 kilómetros) con un descanso de 24 horas en la corte, conduciendo el primero un cicle-car *Ideal* y el segundo un autociclo *David*, y habiéndose cruzado entre ambos una apuesta de 5.000 pesetas.

A la una de la madrugada del día 5 salieron los competidores del Moto Club Deportivo seguidos de varios automóviles, motocicletas y side-cars; en uno de los primeros iba el juez árbitro de la carrera. El Sr. Moré, al llegar a Cervera, hubo de abandonar la carrera a causa de haberse estropeado las ruedas inglesas que había adoptado a su vehículo. El Sr. Custals, después de haber sufrido algunas *pannes*, llegó a Madrid a las siete y media de la mañana del día 7 y veinticuatro horas después emprendió el regreso; un accidente que le ocurrió a 42 kilómetros de aquella capital le impidió continuar el viaje, dándose fin al *match* que tanto interés había despertado entre los aficionados.





Barcelona. Match en autociclo Barcelona-Madrid-Barcelona. – Los Sres. Moré y Armangué en el autociclo *David*, y Custals y Perpiñá en el cicle-car *Ideal* momentos antes de salir del Moto Club Deportivo para comenzar la carrera. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

2009 Ministerio de Cultura

En toda la casa no había quedado más que el gato, el cual, al oir ruido, se presentó a la puerta del salón...

LA ÚLTIMA BATALLA DEL PADRE AGUSTÍN

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA

»Por lo demás, puedes estar seguro de que ese muchacho en quince días te dirá la doctrina de memoria; no es pues la vida eterna de Bortolino lo que puede sumirte en la melancolía.

»Tu escrúpulo es otro.

»Quizás alguno podrá decir que el catequista ha sido perezoso; que para obrar más pronto y con más seguridad ha recurrido a la menta, al clavel y a la rosa, en vez de hablar de indulgencias, como sugería Bernarda; en vez de ponderar la beatitud que espera a los elegidos en el paraíso.

»Pero tú dirás que tu intención es buena, y que si has engatusado a Bortolino con los caramelos y con la vanidad de ayudar a misa, lo has hecho únicamente porque a su edad no le faltase el fundamento del catecismo; y asimismo dirás que si te hubieses empeñado en obrar mejor, no hubieses obtenido nada.

2009 Ministerio de Cultura

»Sí, pero has sido perezoso; ¡hubieses hecho al menos una tentativa!»

Durante un momento, el pensamiento importuno calló, esperando quizá que el padre Agustín perdiese la brújula y no supiese encontrar el camino de su casa.

Mas no; el reverendo andaba despacio, pero en derechura.

Hasta le gustaba que en su alegría, le acompañase aquel demonio; escuchaba con ánimo sereno, nada turbado, o turbado apenas por las insinuaciones malignas.

«Sigue adelante, aconsejó humildemente al demonio.»

El demonio no se lo hizo decir dos veces:

«Un sacerdote viejo, como eres tú, no debería dar tanta importancia a la comida, al almuerzo y al café, al extremo de pactar con tu conciencia halagando la devoción de Bernarda; un sacerdote viejo no debiera alimentar la idea metida en la cabeza de Severino Amatore, de que eres rico y avaro; en fin, un sacerdote viejo no debería decir la verdad esperando que la crean una mentira, como cuando dices que eres pobre de solemnidad. Reflexiona y contesta.»

El padre Agustín lo pensó hasta su casa.

Cuando estuvo a la vista del portalón, dió la respuesta:

«Hace más de cincuenta años que me tientas con tus lamentaciones; hiciste de mí un seminarista infeliz, metiéndome en la cabeza un ideal imposible de virtud y de religión; hiciste de mí un cura mísero llenándome la conciencia de escrúpulos; en la plenitud de la fueza, me obligaste a ser el más débil de los hombres; me quitaste todos los afectos, inclusa la amistad...

»Si llegué al borde de la salvación eterna, fué porque tú me empujabas.

»Te me presentaste vestido de ángel custodio, y te tomé por tal durante mucho tiempo. Pero hace también mucho que te conozco bien.

»Eres la manía, eres el escrúpulo, eres el remordimiento, eres todo lo vano e inútil, que no tiene nombre, pero que atormenta.

»Déjame en paz, demonio.

»Siendo hombre, sé que no hago mal a nadie, ni a los hombres ni a Dios, ante quien me presentaré con todas mis debilidades para que juzgue el uso que he hecho de ellas.

»Y si este pobre cura debe expiarlas en otra vida, las expiará con valor, como ha hecho hasta ahora.»

En esto apretó el paso para enfilar el portalón.

En la escalera, se encontró detrás de uno que subía lentamente, respirando con ahogo.

Era el vecino del tercer piso.

Según la portera, que tenía la costumbre de informar al prójimo, aquel inquilino debía tener sus buenas razones para ser taciturno; y la razón principal era ciertamente que le costaba mucho trabajo hablar.

No era mudo.

De serlo, al menos hubiera sabido explicarse abundantemente por señas.

A consecuencia de una enfermedad que había padecido el año anterior, le había faltado la lengua, y ahora iba recobrando poco a poco el uso de la palabra.

Al decir también de la portera, los progresos del inquilino eran lentos, porque, si no, es natural que hubiera podido pronunciar algo más que *gracias, no va mal.*

Según la misma portera, el inquilino del tercer piso vivía todo el día solo como un perro; y la noche también.

Era raro que viniese alguien a verlo; pero cada mañana venía temprano la criada a arreglar la casa, que era grande y hermosa.

Era la que el doctor Achini, de grata memoria, había ocupado hasta su muerte; la misma donde recibía, de tres a cuatro, a sus clientes pobres.

Sus herederos habían acudido de la Brianza a enterrar al muerto, y se habían vuelto después de haber tenido hasta la suerte de alquilar la casa amueblada al profesor Giorgio.

Aquellos herederos brianzones, según la opinión que la portera procuraba difundir entre los inquilinos, debían ser gente tacaña y sin corazón, porque ni siquiera habían respetado el lecho del pobre muerto; habían hecho rehacer de cualquier manera los colchones, y tomar inventario de los muebles, de la batería de cocina, de la vajilla y de la ropa de cama y de la mantelería, y se habían vuelto a Brianza sin haber dado propina a la portera, como se hace en todos los países civilizados.

El profesor pagaba por meses; pero los herederos del doctor Achini tenían la casa hasta San Miguel.

Todos estos detalles, con mucho trabajo recogidos por la portera, le habían sido comunicados a la señora Bernarda, la cual los había repetido un día en la mesa delante de sus comensales.

Y el padre Agustín se acordó de ellos al subir la escalera detrás del pobre profesor Giorgio, que subía jadeante, que al llegar al tercer piso no había de encontrar una persona benévola que encendiese la luz de su cuarto, como hacía la señora Bernarda en el cuarto piso; que iba a cruzar su estancia solitaria, Dios sabe con qué desolaciones en la cabeza, y que quizá, después de acostarse, se dormiría con la idea de que en aquella cama había muerto el doctor Achini.

El reverendo se proponía mantener la distancia de un tramo para honrar una desventura de la cual ignoraba hasta el nombre; pero que le parecía mayor que ninguna otra.

Mas en el rellano, el profesor Giorgio se volvió, esperando que el padre Agustín hubiese pasado.

– Buenas noches, dijo afablemente el viejo.

– Buenas noches, masculló el profesor.

El padre Agustín notó que el inquilino del tercero le había sonreído, que aun era joven, que tenía la mirada aguda y el rostro cansado.

Y no estuvo contento hasta que, deteniéndose a la puerta de su casa, hubo oído que el profesor había entrado en la suya y que la puerta se cerraba tras él.

Bernarda no tardó en encender luz y disipar con una sonrisa hasta las pequeñas tinieblas que a lo largo del camino y en la escalera, habían pesado sobre el ánimo de su pupilo.

El resto lo hizo una oda de Horacio, tras de cuya lectura el padre Agustín sintió venir el sueño y apagó la luz para recitar mejor sus oraciones.

VI

Después de aquel día memorable, no ocurrió nada de grave en la vida del viejo cura en toda una semana; pues de tal no puede calificarse la compra de un segundo cucurucho de caramelos, porque Bortolino había chupado el primero.

Pero habiendo contado los caramelos del cucurucho, que eran diecinueve apenas, y previendo que la glotonería del futuro acólito habría hecho prodigios de memoria, el padre Agustín estaba preparado para este pequeño gasto, y se alegró de tener que hacer una nueva provisión de caramelos.

Ya estaba seguro del éxito de su empresa, y pudo alegrar a la señora Bernarda diciéndole en la mesa que su hijo iba por buen camino, y que, a aquel paso, pocos días más bastarían para hacer de él un buen cristiano.

Bortolino, no solamente asentía, sino que se jactaba diciendo:

– ¡Gran cosa! ¿Apostamos a que mañana recito las páginas que me faltan?

Bernarda tenía siempre ganas de cogerlo de la palabra y de apostar algo con su hijo; pero el reverendo templaba el celo de la madre diciéndole que las cosas aprendidas de memoria con precipitación no dejan el surco que deben dejar en el cerebro.

Por su parte, Severino Amatore había mantenido su promesa, y en el cuarto del padre Agustín, al lado de la cómoda, se podía ver la estantería en que habían entrado todos los libros que antes estaban en un rincón.

Llegó abril risueño, y entre que este mes es el más dulce del año y que el padre Agustín había trocado su capa de abrigo por un manteo ligero, el reverendo se sentía más ágil, más contento y más joven.

Después del primer encuentro en la escalera, no pasaba día sin que tropezase en la calle con el profesor Giorgio.

Hasta casi le había parecido que el vecino encontraba gusto en saludarlo, y para que el saludo a mucha distancia no se perdiese, atravesaban la calle a fin de no errar el tiro.

El profesor saludaba; el reverendo devolvía un magnífico saludo, estrechando perpendicularmente el sombrero sobre su pecho.

Pero un día el profesor se portó de un modo tan singular que el padre Agustín tuvo la primera idea de que aquel infeliz tenía necesidad de él.

He aquí lo que hizo.

Apenas vió al cura de lejos, atravesó la calle para saludarlo a quema ropa.

El padre Agustín devolvió su saludo perpendicular y siguió adelante; pero el otro, después de haber dado algunos pasos, se detuvo, quedóse dudando un instante y prosiguió a paso lento.

El reverendo lo había visto casi todo con el rabo del ojo, y había adivinado el resto.

Luego, cuando estuvo en el bastión y en el jardín público, vió tres veces venir a su encuentro al profesor con aire deliberado, como si quisiese hablarle; pero a poca distancia se arrepintió, y siguió paseándose por los senderos que hay en la orilla del pequeño lago de los patos, como alma en pena.

Seguramente que si hubiese sabido que su maniobra había sido descubierta, hubiera tomado la resolución que le faltaba, o hubiera renunciado en definitiva.

Esto hizo entrar en curiosidad y hasta causó cierto temor al pobre padre Agustín, a quien le pareció oler un caso de conciencia.

Era la primera vez que el higiénico paseo de antes de la comida se le malbarataba.

Pasaban los enamorados silenciosos, pasaban los pajaritos parleros, resplandecían al sol las hojas de las vecinas magnolias inútilmente.

Es más: el poeta latino que llevaba en la mano no le había dicho un solo verso.

¡De tal manera la mente del viejo cura estaba abismada en el pensamiento de que el profesor Georgio tenía necesidad de su sacerdocio!

Mientras tanto, lo observaba de lejos.

Era un hombre de elevada estatura, apenas un poco más bajo que el padre Agustín.

Tenía la barba espesa y el rostro pálido; llevaba el cabello largo y anteojos de oro.

Al segundo encuentro notó que su palidez tenía las manchas lívidas de uno que, en estado de salud, había tenido buenos colores; que sus ojos miraban fijamente a través de las gafas, y que en toda su persona se había difundido un cansancio melancólico.

Cada vez que el profesor se ponía a tiro, abandonaba algo al ojo présbita del padre Agustín.

Finalmente, en vez de volver sobre sus pasos, se fué en derechura y el reverendo pudo seguirle con la mirada hasta que sintió que alguien le tiraba del manteo.

Era Gino, un amiguito suyo, que lo desafiaba a correr.

– ¡Ah, eres tú!, exclamó el padre Agustín; ahora te cojo... espera...

Pero ¡ca!, era imposible; Gino le llevaba cinco pasos de ventaja, sus piernecitas se movían sin estorbos de sotanas, y no estaba dispuesto a esperar para dejarse coger.

De regreso a casa para la comida, supo por la señora Bernarda que había venido a buscarlo... ¿quién diría?.. el profesor Georgio.

Al padre Agustín se le presentaron muchas ideas a la vez; en junto, todas le parecían dignas de ser tomadas con mucha resignación; pero asombró a Bernarda, que ya estaba preparada para ver el efecto que el notición haría en el ánimo de su cura, diciendo tranquilamente:

– ¿Qué quería?

– No lo ha dicho.

– ¿Ha prometido volver?

– Tampoco.

Y a Bernarda no se le había ocurrido preguntárselo.

Pero si el padre Agustín lo deseaba, Bernarda se sentía capaz de ir en persona a decir que el reverendo estaba en casa.

Ahora no; después de la comida; porque ¡quién sabe!, podría suceder que el profesor tuviese necesidad de hacer una confesión general... y entonces...

El resto de la frase de la sencilla Bernarda podía significar que se confiese mal cuando se tiene apetito; que un confesor no deja de ser un hombre mortal; que la comida tendría tiempo de enfriarse, y, en fin, que Severino Amatore, en su herejía, era capaz de mandar a los infiernos al profesor, la confesión y hasta al padre Agustín, si tuviese que tomar la sopa recalentada.

Para no causar tanta desgracia, el padre Agustín se resignó a tomar la sopa caliente, el biftec y el queso, y cuando hubo refrenado de este modo su impaciencia y su curiosidad, que a veces pueden engañar a la conciencia al extremo de pasar por celo sacerdotal, se sintió más seguro de sí mismo, dejó que el café se purificase bien y sorbió su taza con toda comodidad.

Pero entre sorbo y sorbo también había pensado; y cuando, después del café, la señora Bernarda se ofreció a ir a decir al proresor... el padre Agustín ni siquiera la dejó terminar la frase.

– Gracias, señora Bernarda, dijo con mucha dulzura; un cura es como un médico; cuando alguien puede tener necesidad de él, tiene obligación de acudir. Bajaré yo a casa del profesor.

Pero apenas estuvo solo y se hubo puesto el man-

2009 Ministerio de Cultura

teo y el sombrero, en vez de bajar corriendo, como pensaba hacer y como había prometido, se detuvo en medio del cuarto, presa de una ligera turbación.

Le parecía oir las palabras que le diría el profesor; palabras sin significado ni sonido, pero solemnes, como el vaniloquio lento y amenazador que a veces oímos en los sueños y a los cuales no sabemos qué contestar, ni aun despiertos.

El padre Agustín, instintivamente, abrió el Horacio, pero volvió a cerrarlo al primer verso, porque ni adrede podía haber caído sobre un pasaje peor.

Entonces tomó de la estantería otro libro, lo abrió y leyó:

«No me hable Moisés ni ninguno de los profetas: háblame tú, Señor Dios; porque *¡tú solo sin ellos, puedes instruirme perfectamente, mientras que ellos sin ti no lograrían nada!*»

Leyó, volvió a colocar el libro en la estantería, metió los dedos en el alzacuello que le parecía estrecho, y salió al rellano de la escalera.

Bajando los tramos de la escalera que separaban los dos pisos pensó que, si no se daba prisa, quizá llegaría tarde al tresillo.

Pero el padre Agustín estaba preparado para todo.

Hasta estaba preparado para el caso de no encontrar al profesor, y no por esto se afligía; pensaba que metería su tarjeta de visita, sin perjuicio de volver a la mañana siguiente.

Mas al tocar la campanilla, reconoció su deseo íntimo: era que el profesor no estuviese en casa.

Pero oyó pasos detrás de la puerta, y se dijo, sin saber por qué:

«¡Ánimo, padre Agustín!»

VII

El profesor Giorgio abrió la puerta, y dijo maravillado:

– ¡Usted, reverendo!.. Gracias... Pase usted...

El padre Agustín se inclinó humildemente, pero ya, al quitarse el sombrero, había sentido venir toda la dignidad de sacerdote.

Y no dijo nada mientras estuvo en la antesala.

Una vez en el salón, explicó su visita en estos términos:

– Usted me dispensará que venga a estas horas; me han dicho que usted ha tenido la bondad de preguntar por mí, y aquí me tiene...

– Gracias..., gracias, balbuceó el profesor, y en sus brillantes ojos hacía leer mucho más gratitud de la que podía expresar con la voz. Siéntese usted...

El reverendo se sentó en la butaca que le era ofrecida.

Y no se estaba mal en ella.

Frente a frente con aquel hombre misterioso, encontraba un vago placer en sentirse seguro de sí mismo, dueño de poder fijar en él los ojos, y de buscar en aquel infeliz las huellas del que había intimidado a la portera con su silencio y con sus gafas de oro.

Ahora, después de haber buscado algo en torno suyo, probablemente una silla, el profesor se sentó por fin en un silloncito que tenía entre las piernas.

Aun no hablaba.

Así es que, por ciertas miradas fugitivas que dirigía a un punto y a otro, parecía tentado de diferir la confesión para otro día.

El padre Agustín recordó que en su ministerio entraba la tarea de allanar el camino al arrepentimiento cuando el propósito es bueno, de llegar a la conciencia antes que Satanás, y se imaginó haber puesto a un pecador entre la espada y la pared, diciéndole sólo dos palabras que prometían mucha atención, muchísima indulgencia, y finalmente, por poco que fuera posible, una absolución plena.

– Hable libremente.

El profesor se sonrió de una manera bondadosa que hubiese desarmado a un adversario astuto, y con mayor razón a un cura amigo e inerme.

Y habló lentamente así:

– Si no he ido antes en busca de usted, ha sido porque no me parecía ser bastante dueño de mi palabra, y si ahora me ve usted vacilar, es por la misma razón, porque ¡he estado tan enfermo!..

Gesticulaba con el deseo de ayudar así a la manifestación de su pensamiento; y, en efecto, lo conseguía casi siempre, como explicó en seguida.

– Si el que me escucha tiene la paciencia de dejarme hablar, yo hablo bastante claro para darme a comprender; encuentro aún el medio de dar salida a alguna de las ideas que desde hace un año están aprisionadas en mi cerebro. Pero si el interlocutor me interrumpe, estoy perdido; la puerta de salida se cierra, se forma en mi cerebro una confusión de palabras en que la idea desaparece. Es una enfermedad así...

El padre Agustín se había adelantado hasta el borde de la butaca para inclinarse mejor hacia el pobre enfermo, en vez de reclinarse sobre el respaldo, como había empezado a hacerlo.

– ¡Extraña enfermedad!, exclamó; ¿y cómo se llama?

– Afasia; pero es una palabra antigua; la nueva, la más propia, a lo que dicen, es amnesia verbal. Yo recibí una herida aquí, en la tercera circunvolución izquierda, donde reside el asiento de la memoria de las palabras; por esto, habiendo olvidado enteramente el habla y la escritura, y hasta el alfabeto, he tenido que expresarme por señas, si no quería parecer idiota.

– ¿Pero podía usted pensar?

– ¡Oh, mucho! Ha sido mi tormento, y ha sido mi consuelo. Usted no puede comprender la fuerza y la miseria que implica el estar así durante más de un año. Cuando esté del todo curado, porque voy mejorando todos los días, podré jactarme de haber considerado al hombre interior más atentamente que ningún filósofo positivo haya podido hacerlo. Pero hoy la filosofía positiva me ha dicho una palabra horrorosa.

El padre Agustín había oído muy bien esta última frase, pero no se fijó mucho en ella porque estaba concluyendo un pensamiento que se le había ocurrido.

Este pensamiento era una sospecha: la sospecha de que se encontraba quizás en presencia de una forma de locura.

Desconociendo la medicina, y habiendo oído hablar mucho entonces de locura discurrente, estaba a punto de dar por sentado que...

Pero el silencio meditativo del profesor lo indujo a contestar:

– A ver qué es lo que le ha dicho la filosofía positiva.

El enfermo miró un instante al cura para cerciorarse de que era ilusión el tono burlón que le había parecido descubrir en aquellas palabras; después le enseñó una esquela mortuoria.

De momento, el padre Agustín no leyó más sino que un profesor de la Universidad, habiendo perdido a su hijo, lo participaba a sus amigos y conocidos; pero al ver con qué ojos le miraba su interlocutor, volvió a leer atentamente la esquela, y notó que la muerte de un hijo era llamada por aquel padre singular y *afligidísimo:* LA DESTRUCCIÓN DE UN ORGANISMO AMADO.

Y el primer comentario que acudió a los labios del sacerdote fué una sola palabra:

– ¡Loco!

– ¡Necio!, sí, ésta es la palabra justa, aprobó el profesor; hace un año, cuando aun no había recogido un poco de vocabulario, me hubiera yo alegrado muchísimo de encontrármela escrita en una hoja de papel para mandarla a mi colega; hoy he tenido apenas la tentación de hacerlo, y he resistido, porque he encontrado muchas palabras, demasiadas, para enseñar a ese sabio doctísimo el respeto al sentimiento humano, al sentimiento de tantos padres que sufren; el respeto... o el silencio.

– ¡Es un necio!, repitió el padre Agustín sin amargura.

– Sí, pero es un hombre doctísimo; le falta la conciencia del mal que hace, del mal que me ha hecho a mí; indudablemente creerá haber obedecido a una conciencia nueva acabadita de encontrar, la conciencia científica.

Mientras decía estas palabras, se encendía su rostro pálido, y tenía que respirar fuerte; las palabras, no refrenadas ya, en vez de salir con ímpetu, entrechocaban; y por último había que adivinar su significado, porque ya no eran más que fragmentos de palabras.

El reverendo continuaba con la vista fija en la esquela; y no sabiendo aún decidir si debía desprenderse de su propia sospecha, dijo:

– Si no es un necio, es un loco.

Entonces, a su vez, el cura se turbó y sonrojó, y quiso explicar su propio pensamiento:

– Mejor dicho: un ciego, porque hay la ceguera de la ciencia... ¿no lo cree usted?.. Una ceguera producida quizá por haber mirado con demasiada atención un solo objeto... Esto sucede a veces, ¿no le parece a usted? Ese sabio que, como usted me asegura, es doctísimo, es materialista porque probablemente estudia y enseña la anatomía, o la química, o...

– Enseña fisiología, interrumpió el profesor Giorgio.

– ¡Eso quería decir!, concluyó el padre; y se restregaba la manos, como si, después de haberlo llevado juiciosamente a un terreno escabroso, las cosas se presentasen lisas y llanas.

– Y dígame, continuó alegremente el pobre cura, ¿usted ha contestado a esta circular?

Brilló en los ojos del profesor una complacencia maliciosa.

– Sí, contestó, y si usted me lo permite, voy a darle a leer mi respuesta; me dirá usted su parecer. Vuelvo en seguida.

– Haga usted lo que bien le plazca.

El reverendo aprovechó la coyuntura de quedarse solo para recapitular.

«La enfermedad de este pobre diablo, verdaderamente, no me parece locura, aunque en ciertos momentos lo parezca. Si estuviese loco, todo se explicaría; pero si es sabio, yo pregunto: ¿Por qué me ha hecho venir a su casa? Aun no me ha hablado de confesión. No veo un caso de conciencia en la esquela mortuoria, y no puede ser ésta la palabra de la filosofía nueva que le ha hecho sufrir. ¿Qué mal ha podido hacerle?»

En aquel momento volvió el profesor y enseñó al cura el billete que había preparado para el fisiólogo.

Decía así:

«El profesor Giorgio Silva recomienda la resistencia en el dolor a un organismo amado de la ciencia.»

El padre Agustín leyó atentamente el escrito y permaneció un rato en silencio.

Después dijo con ingenuidad:

– Si no he comprendido mal, es la palabra *organismo* la que debe vengarle.

Precisamente.

– Comprendo... es una alusión. ¿Y usted quiere enviar este billete?

– Lo había preparado para enviarlo; pero si usted no lo cree oportuno...

– Diré a usted... Yo soy un pobre cura... que ha visto muchos dolores... de lejos. Al considerar la angustia de ese sabio, que tiene necesidad de declararse materialista a la muerte de su hijo, la juzgo con una indulgencia que no dimana de mi persona, sino de los hábitos de sacerdote. Creo que ese hombre sufre; y si es materialista sincero, su sufrimiento debe ser mucho mayor. ¿Por qué castigarlo más?

Giorgio Silva no contestó.

Se quedó pensando.

Luego rompió lentamente el billete y estrechó la mano al reverendo.

– Gracias, le dijo.

El padre Agustín triunfó modestamente, y en su alegría sacó del bolsillo la cajita de rapé para ofrecer una toma al profesor y otra a sí mismo.

Estaba contento porque había evitado una aflicción a aquel materialista desconocido, porque había inducido al prójimo a la piedad, y, en fin, porque de todos los actos de Giorgio Silva se desprendía claramente que éste no estaba loco.

Ahora que lo había arreglado todo, podía irse cuando quisiese.

El gran reloj de cobre le dijo que aun le quedaba media hora para hablar, sin temor de llegar tarde a la farmacia para la partida de tresillo.

– ¿Lleva usted prisa, reverendo?

– Ninguna; puedo disponer de mi tiempo; estoy tan contento de haber conocido a usted, que me quedaré todavía un poco, si no le molesto. ¡Oh!, hábleme un poco de su enfermedad. ¿Cómo empezó? ¿Por qué fué producida?

– Por el trabajo mental, por los disgustos, por la soledad.

– ¡Ah!

– Porque yo trabajaba mucho, y fuí muy feliz. En mi casa reían las vocecitas de mis hijitos, y brillaba la sonrisa de mi difunta. Era el buen tiempo.

Al decir esto, la palabra lenta del profesor no tenía ninguna inflexión, que pudiese denotar que aun le conmovía aquel recuerdo; era rígida e igual, como las cosas perfectas que la desventura hace.

El padre Agustín sintió venir, no del corazón, sino de todo su ser, una oleada de palabras consoladoras, tuvo un gran deseo de estrechar contra su pecho aquella pobre cabeza cansada, y en la piedad adivinó el sentimiento paterno.

Pero el profesor se detuvo apenas, antes de continuar con el mismo acento inalterable:

– Ahora todo ha concluído; los míos están en el cementerio. Creí que iba a seguirles pronto, pero sólo enfermé. La fe, que no me había abandonado nunca, me mantuvo en vida; trabajaba; cuando estaba cansado, llamaba a mis muertos; ellos acudían y yo les sentía venir uno tras otro. Hablábamos juntos en alta voz. Esperando el sueño largas horas, y apenas despierto, decía:

(Se continuará.)

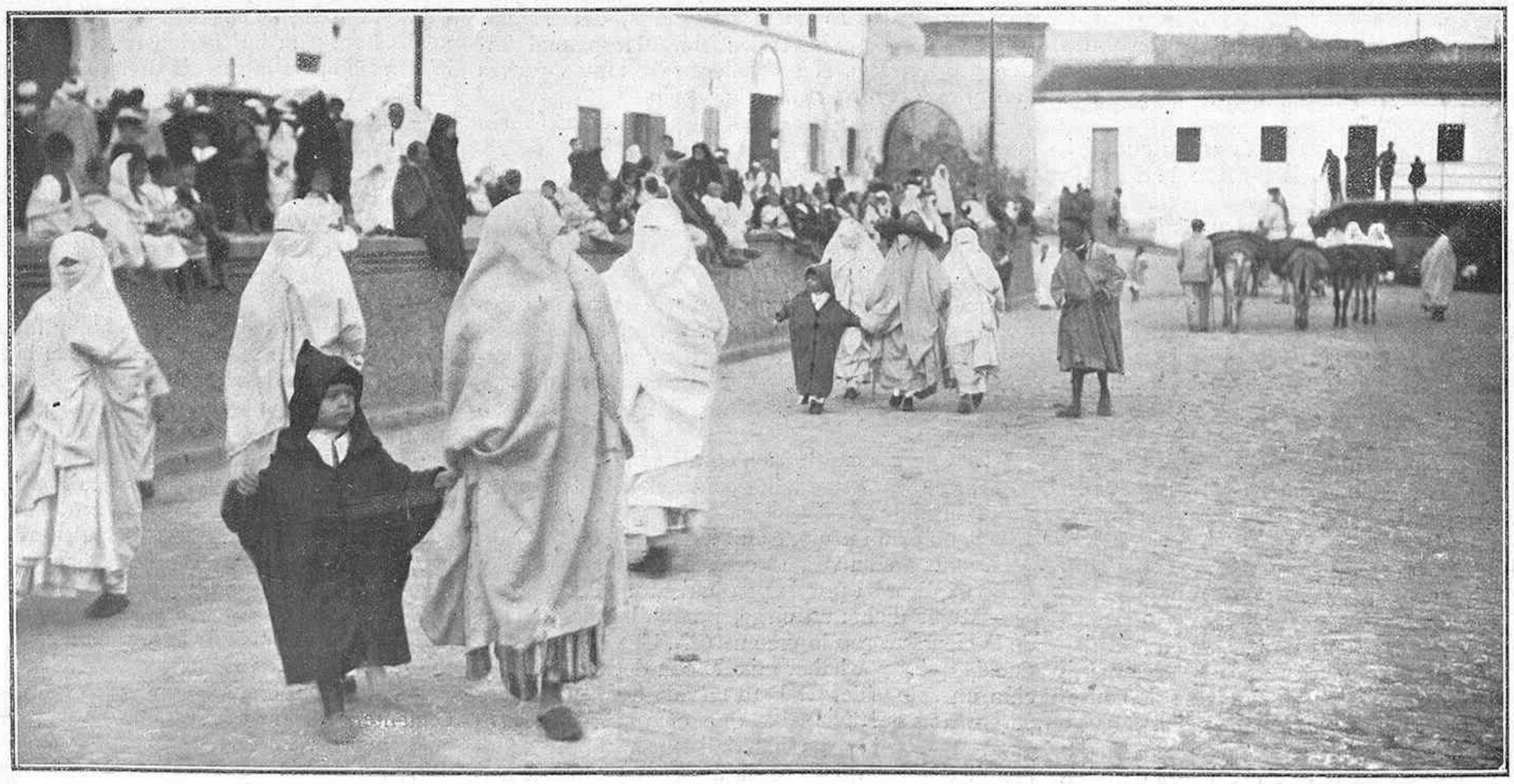
2009 Ministerio de Cultura

TETUÁN.—VISTAS, USOS Y COSTUMBRES DE LA POBLACIÓN MORA. LAS FIESTAS DE LA PASCUA

(De fotografías de Lázaro.)

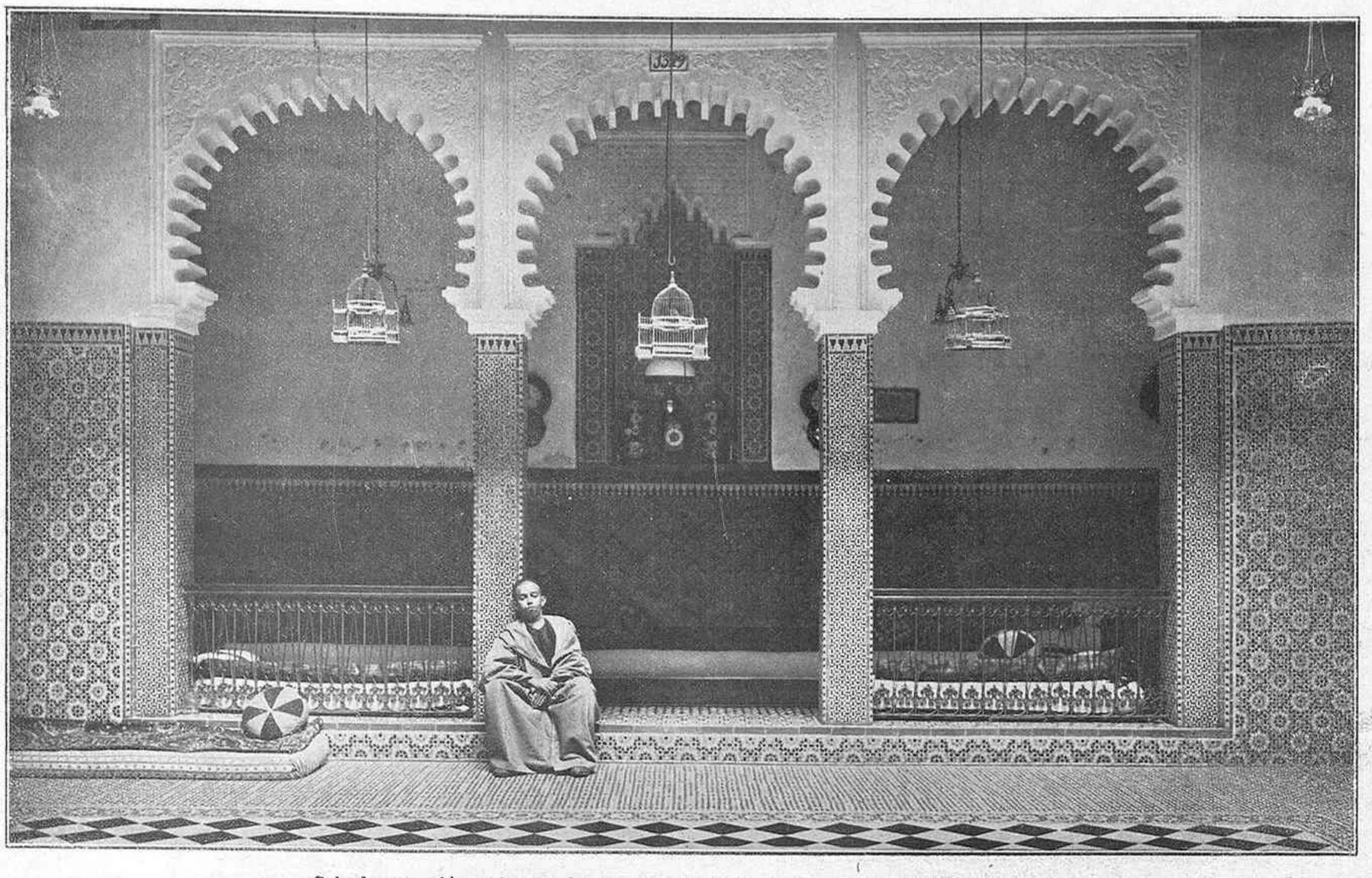
Las autoridades moras esperando la salida del Jalifa por la puerta Mexuar-es-Said

Las mujeres moras esperando el paso del Jalifa en la Plaza de España



Mujeres moras paseando por la Plaza de España en la tarde de un viernes, que es el día que guardan fiesta en la semana

2009 Ministerio de Cultura



Sala de recepción en la casa del bajá de Tetuán Hach-Hámed-Ben-Mohámed Torres

TETUÁN

La reproducción en el presente número de nuevas y no menos interesantes fotografías del Sr. Lázaro nos da ocasión para añadir algunas explicaciones más a las que publicamos en los dos últimos números referentes a aquella ciudad marroquí.

La campiña de Tetuán es alegre y risueña; el arbolado revela en todas partes la fertilidad del suelo y la benignidad del clima, pues se desarrolla con una frondosidad y lozanía extraordinarias. El agua brota abundante y copiosa de las calizas del terreno que circunda la ciudad, facilitando el riego de su extensa vega, para el cual se utilizan, mediante los oportunos acequias y azarbes, casi todos los afluentes de ambas márgenes del río Martín. Con estas mismas aguas se ponen en movimiento varios molinos donde se reducen a harina por procedimientos verdaderamente primitivos el trigo, el maíz y el dura.

El cultivo, tanto de árboles como de cereales, legumbres y hortalizas, se practica con evidente descuido y desconocimiento de las buenas prácticas agrícolas.

Los naranjos de Tetuán y de los aduares circunvecinos figuran como uno de los cultivos de primer orden: extensos y frondosos, producen todos los años una gran cantidad de naranja mucho más fina que la de Argelia y que es objeto de una gran exportación.

La uva de postre es deliciosa; predominan las castas alicantinas, y si la seca se hiciese con el debido cuidado, la pasa, que también se exporta en gran cantidad, podría figurar dignamente al lado de la de Málaga.

Fina, suave, aromática y temprana es la almendra, a pesar de que el árbol que la produce se encuentra casi asilvestrado; este fruto puede sufrir la comparación con el mejor de su clase de nuestras provincias de Levante.

Manzanas, peras, higos, albérchigos, melocotones, azufaifas y otras muchas frutas se cogen asimismo en las huertas de aquella ciudad en gran abundancia, todas ellas exquisitas y dulcísimas.

La higuera y el granado sobre todo se distinguen por su extraordinario desarrollo y facilidad de crecimiento; son los dos árboles frutales que se encuentran allí en el pleno goce de las condiciones biológicas, o sea en el paraíso de su región natural y que producen frutos de una variedad y en una abundancia sorprendentes.

En los campos se cultiva el trigo duro, que da mucho grano y cuya cosecha se guarda en silos o matamoros abiertos en terrenos arcillosos. Otra de las cosechas más estimadas es la del sorgo blanco, el dura de los árabes, de cuya semilla se hace harina que sirve para la elaboración del pan moruno, moreno y algo pesado, con el que se alimenta mucha parte de su población rural. El maíz, en buenos terrenos de regadío, comparte con el dura el predominio del suelo, cultivándose la variedad roja, de grano grueso y apretado y de mazorcas largas y cilíndricas.

Estoy segura de mis adoradores, gracias á mi secreto de usar el ideal Jabón
HENO de PRAVIA
Ehrmann.

2009 Ministerio de Cultura

Holanda. Maniobras militares e instrucción de los nuevos reclutas. – La Reina Guillermina presenciando las maniobras en las trincheras. (Fot. de Parrondo.)

SOR SIMONA

La acción de *Sor Simona*, la última obra del eminente dramaturgo y novelista D. Benito Pérez Galdós, estrenada con gran éxito en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, pasa en Navarra, en los tristes días en que carlistas y alfonsinos se combatían sañudamente. Por aquellos parajes anda derramando beneficios una Hermana de la Caridad, Sor Simona, a quien las gentes de aquella región y las tropas de D. Carlos miran como a santa.

Sor Simona, en sus mocedades, tuvo unos amores desgraciados; el hombre a quien amaba casta, pero apasionadamente, la abandonó para casarse con otra, y ella, herida en el corazón por tan cruel desengaño, abrazó la vida religiosa y se consagró desde entonces al ejercicio de la caridad.

Los carlistas han hecho algunos prisioneros convictos de espionaje, entre los cuales hay un jovenzuelo estudiante del Instituto de Vitoria que, enardecido por las predicaciones políticas, se ha lanzado al campo para contribuir con todos sus esfuerzos al triunfo de la causa liberal. Angel, que así se llama el muchacho, ha de ser sometido a un Consejo de guerra, por haberse encontrado en su poder documentos comprometedores y seguramente será condenado a muerte.

Sor Simona, que, en cuanto ha visto a Ángel ha reconocido en él al hijo de su antiguo novio, se propone salvarlo a todo trance y para aplazar por de pronto la sentencia y encargarse de curar al joven las heridas que ha recibido en el combate en que ha sido hecho prisionero, no vacila en perder su reputación afirmando que el prisionero es su hijo.

Tras una noche de angustia en que Sor Simona vela con ternura maternal al infortunado mancebo, a quien la fiebre tiene en constante delirio, llega el momento en que va a celebrarse el Consejo de guerra; y la santa religiosa, que antes ha comprometido su honra, no vacila ahora en sacrificar su vida, declarándose la única culpable del delito de que se acusa a Angel y afirmando que, en su amor por la causa alfonsina, se ha valido del joven para hacer llegar a su destino los documentos que en poder de aquél se han encontrado.

Síguese una noble pugna entre la monja y el estudiante, que se disputan la gloria de morir, y en el instante en que el conflicto llega a su punto culminante, tiene solución satisfactoria gracias a un canje de prisioneros acordado entre el general de las tropas alfonsinas y el caudillo de las huestes carlistas.

Angel y Sor Simona están ya libres y en aquel momento un cabecilla carlista a quien llaman el *Sacris* y que en los comienzos de la guerra trocó los hábitos seminaristas por el uniforme militar, ofrece a la religiosa, rendido y vehemente, su amor.

Sor Simona, que no puede ya sentir el amor humano, rechaza los ofrecimientos del cabecilla y continuará derramando por el mundo las flores de su fervorosa caridad.

La figura de Sor Simona es uno de esos hermosos caracteres galdosianos en quienes el patriarca de nuestras letras ha encarnado tantas veces su apostolado de paz y de armonía, su anhelo de bondad y de belleza, su aspiración a la comunidad fraternal de las almas fundidas en un solo ideal de justicia y caridad. En aquella religiosa ha puesto Pérez Galdós verdaderos tesoros de bondad y de dulzura haciendo de ella la representación más augusta y humana en la tierra de la ternura y del amor al prójimo. El ambiente en que el drama se desarrolla está admirablemente trazado y da la perfecta sensación de cómo fueron aquellos tiempos de fratricidas luchas y aquellos hombres a quienes separaban feroces odios y grandes lagunas de sangre, tiempos y hombres que tan a fondo conoce Pérez Galdós y que tan hermosamente nos ha ofrecido en algunos de sus *Episodios Nacionales*.

En la interpretación de *Sor Simona* sobresalen la Sra. Gámez y el señor Tallaví, quienes imprimen a los personajes que representan todo el carácter de emoción y ternura, la primera, y de rudeza, el segundo. Las señoras Valdivia, Heredia y Anaba y los Sres. Aguilar, Navas, Suárez y Gabaldón están muy acertados en sus respectivos papeles.

Madrid.-D. Benito Pérez Galdós con la señora Gámez y el Sr. Tallaví, principales intérpretes del drama en tres actos *Sor Simona*, original del eminente novelista y dramaturgo, estrenado con gran éxito en el Teatro Infanta Isabel. (Fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

2009 Ministerio de Cultura